

## BIOGRAFIA ESPAÑOLA.



GUESTA

### JUAN DE URBINA.



ENTRE los esclarecidos españoles que combatieron en las guerras de Italia en tiempos del emperador Carlos V, que mas se distinguieron por su denuedo y arrojo en lo sangriento de aquellas célebres batallas, Juan de Urbina, maestre de campo de las tropas españolas, es acaso uno de los que deben ocupar un lugar mas preferente. Dotado de unas fuer-

zas desmesuradas, con un temperamento superior á las fatigas y padecimientos, clemente y generoso á la vez que altivo é inexorable cuando se trataba de dejar bien parado el nombre de su emperador, descuella la fama de sus hechos, llegando hasta nosotros envuelta con mil fábulas que no pueden desvanecerse por los pocos datos que respecto de este personaje nos han sido trasmitidos por las historias de aquel tiempo. Es ciertamente sensible esto, si bien la veracidad del historiador Sandoval no nos deja duda alguna de sus grandes merecimientos, y del carácter, valor y ge-

nerosidad de nuestro afamado guerrero. El historiador de Carlos V dice así:

«Fue Juan de Urbina natural de Barberana (1), grande, robusto, de lindo entendimiento, limosnero, liberal, devoto, y hombre que nunca juraba, y así castigaba mucho las blasfemias. Era, en fin, virtuoso sino jugara demasado; que matar, herir y aprovecharse del enemigo y de sus bienes son privilegios de la vida del soldado. Fue de buen consejo, tuvo grandes ardidés, nunca mostró miedo, aunque en Genova se le conoció un poco, cuando el saco de ella; pero era de la artillería y no de los hombres. Pasó a Italia con el gran Capitan por soldado: dió siempre señales de valiente, por lo cual fue uno de los tres que hicieron campo con tres soldados italianos, por cuales servían á mejor Rey, estando el ejército sobre Rosano. Aceptaron el desafío los capitanes Diego de Quiñones y Luis de Vera en compañía de Juan de Urbina; más él que los conocía, y se conocía, no los quiso ayudar sin concertar con los contrarios que fuese á ayuda compañero. De esta manera combatiéron á pié, con las armas que quisieron, sin arcabuz que lo sacaron de condición los italianos. Y si bien eran todos valientes, rióndolo Juan de Urbina á su contrario, quitándole las armas, y socorriendo al Quiñones, que combalía desjarretado y la rodilla en tierra. Herido también aquel contrario, ayudó á Luis de Vera á vencer al tercero. Desde entonces quedó Juan de Urbina por el mejor soldado de Italia; mas como se acabó luego la guerra de Nápoles, no pudo subir. Fuese á Roma y asentó por alabardero del Papa con Diego Garcia de Paredes, Juan de Vargas, Pizarro, Zamudio y Villalba, que todos fueron muy conocidos despues por la guerra. Aunque captaban entonces, y tenían mugeres de la vida, hizo entonces gente el papa Julio contra Montelascón que se le rebelara. Fue con ella por alfeve de Diego Garcia de Paredes, y despues contra el duque de Urbino. Trás esto fué capitan en Bolonia, cuando los franceses la ganaron. Y quando cercó Lautrech á Milan con el ejército de la Liga, era Juan de Urbina maestro de Campo; y saliendo una vez á escaramuzar con los enemigos á S. Columban, pasó el solo por donde cinco italianos acuchillaban á un español, el cual conociéndole dijo: *Ah! señor Juan de Urbina, que me matan.* El como se oyó nombrar fué á socorrerle que no quisiera. Los cinco italianos le volvieron luego las caras, habiéndolo derribado al español y apretáballo; mas luego alforjaron por ir los dos al caído, que se levantó, y casi mató los dos de tres con quien combatió, y con el artesano (2) del uno hizo huir los otros, que matando al soldado temieron de ser muertos. Cogió las armas, para muestra del vencimiento, y volvió á Milan herido en los pechos de artesano, y con una cuchillada en la mejilla y otra pequeña en la mano de la espada, y tan ensangrentado que lo desconocian. Escapó de buena, y así decía él que era de mucha importancia en cualquier trance, llamar á uno por su propio nombre. Apinó á los soldados en la entrada de Roma muerto Borbon, y demandando

«paga que se amotinaron en Nola, cuando se recogian á Nápoles por Lautrech, cortó el brazo al capitan Salcedo delante del marqués del Vasto su coronel, porque le achacaba el motin, que fué atrevimiento aunque tuviese culpa. Hizo algunas hazañas en el cerco de Nápoles y á las veces topando con Pedro Navarro, viniendo á cercar á Florencia, fué muerto sobre Nápoles con arcabuz, cuya pelota le pasó una pierna por debajo de la rodilla. Lleváronle á enterrar á Nápoles, á Nuestra Señora de Pie de Gruta, y en sepultura de bronce, la cual deshizo despues el virey D. Pedro de Toledo para hacer artillería. El emperador que le deseó ver le hizo comendador de Meliche, alcaide del Obo y de Aversa, y marqués de Oyra, conde de Vucgomene, señor de la Sforzessa y del jardín de Milan, y maestro justiciero de Nápoles; mas gozólo poco. Fuera en fin Juan de Urbina muy dichoso y honrado, sino fuera por la muger; empero él se vengó muy bien de ella, matándola con cuantas cosas halló vivas en su casa.»

Por esta sencilla narracion de Sandoval, igual á la de otros historiadores que hablan de Urbina en los mismos términos, se viene en conocimiento de la opinion que en el ejército de Italia se conquistó este celebre guerrero. Tuvo su aprendizaje en la expedicion de Africa y sitio de Bujia y Tripoli, de donde pasó á las órdenes de Gonzalo de Córdoba en 1512 á Italia en clase de soldado, dándose á conocer desde luego como el mas intrépido en los peligros. Pero en lo que le vemos representar un papel muy importante es en el sitio y toma de Roma á las órdenes de Borbon en 1527. Habiendo perecido en el asalto este último á resultas de un arcabuzazo, el principe de Orange que le substituyó en el mando, despues de advertir al Pontífice de los males que iban á sobrevenir de entrar por fuerza en la plaza, intimándole con este motivo la rendición; vista su repulsa ordenó que las compañías de arcabuceros á las órdenes de Urbina penetraran en la plaza, lo que se ejecutó con la mayor presteza. Desvándados los soldados por la población, se entregaron á todo linaje de excesos, sin que la voz de su capitan fuera oída. Casas, iglesias, monumentos, preciosidades, en fin, cuanto de rico y hermoso contenía Roma, fué dado á saco, no estando libre del desenfreno de estos hombres furiosos ni los muebles y dinero de los embajadores de varias cortes, ni aun las reliquias en sus conventos. Es cierto que en ello no tuvo poca parte el profundo sentimiento de los soldados por la muerte de su gefe el duque de Borbon, y las muchas veces que fueron engañados en las capitulaciones entabladas con el Pontífice. Aun despues de ser dueños de la ciudad, y de tener sitiado al Vicario de Jesucristo en S. Angelo, surgió en la tropa un grave motin á causa de la penuria de la población, y la de no abonarse el tributo impuesto por los vencedores á su entrada en ella, en lo que se acusó de tibieza al virey de Nápoles. La soldadesca pidió que se dejara en poder del principe de Orange y de Juan de Urbina, que eran los que habian ganado á Roma, la continuación de los contratos; que el Pontífice se entregase en poder de los dos, y que fuera ocupado inmediatamente el castillo, lo que se verificó por Alarcon haciéndose entrega de la persona del Papa y de 500 soldados que le custodiaban. Juan de Urbina fué en su consecuencia sino el prime-

(1) Este pueblo creemos será el que está en el partido y territorio denominado la Bufala, á una legua de la Guardia.

(2) Especie de alabarda, que era la insignia de los cabos de escuadra de la infantería.

ro, al menos el segundo y mas activo jefe de este hecho de armas, uno de los mas memorables de nuestras guerras de Italia.

En 1528 se distinguió notablemente en el sitio de Nápoles. Estaban dentro de ella D. Hugo de Moncada, nuevo virey, por muerte de Lanoy, Orange, el marqués del Vasto, D. Alonso de Abalos, coronel de la infantería española, Hernando de Alarcon, maestro de campo general, D. Garcia Manrique, y finalmente el bizarro Juan de Urbina, capitán todos de una esclarecida reputacion militar, si bien sus conocimientos y valor parecian deber estrellarse contra el número mayor y el arrojo de sus contrarios. Grande era nuestro aprieto entonces, aumentado con las parcialidades que se suscitaron por el gobierno de la plaza entre D. Hugo y el príncipe de Orange, del que era muy afecto Urbina, y por el que se suscitó la disputa de que habla Sandoval entre él y Salcedo; á quien dió una cuchillada en un brazo, motivo de desazones grandes entre los adictos á uno y otro bando. Cesaron con la desgraciada derrota y muerte de Moncada, ocurridas en la batalla naval que este dió á Felipe Doria, que estacionado en Salerno con ocho galeras, trataba de rendir la plaza por hambre, y regularizada su defensa por el príncipe de Orange, á quien ya reconocieran todos por jefe, no pasó dia en que Juan de Urbina no diera muestras de aquel imperturbable arrojo con que siempre se hacia admirar. Durante los cuatro meses que se prolongó el sitio son innumerables las escaramuzas, sorpresas y derrotas con que molestaba y diezaba al ejército sitiador. Pueden sobradamente comprenderse al recorrer los elogios que un historiador extranjero Paulo Jovin le prodiga, lo que no era de extrañar, al ver el hambre horrible que devoraba nuestras sitiadas tropas, que concluyeron al fin por amotibarse. Llegaron los sucesos hasta el punto de estar para batirse dentro de la ciudad españoles y alemanes, pero Juan de Urbina viendo con sentimiento esta triste situacion, y que con ella iban á desaparecer los esfuerzos que habia hecho por la salvacion de la plaza, cuya perdida envolvia tambien la de todo nuestro ejército en Italia, colocándose entre los combatientes, arengándoles y persuadiéndoles, logró hacerles olvidar sus mezquinas rencillas ante el gran objeto de la comun victoria que tenían que alcanzar si se habían de ver libres de enemigos. Efectivamente, la suerte no tardó mucho en favorecernos, pues que aligido el ejército contrario de una horribosa peste, en la que murieron el mariscal Lantrech su caudillo y otros jefes, estando todos los soldados enfermos, y hallándose puesto del bando del emperador el celebre marino Doria, nuestro mas terrible contrario que hasta entonces habia tenido bloqueado el puerto, levantaron el sitio los franceses, viéndose despues desaparecer en la retirada constantemente batida por Urbina y sus compañeros el ejército mas lucido y valiente acaso que habia pisado las comarcas de Italia. ¡Tanta parte tuvo en esta memorable campaña nuestro denodado y bizarro alavés!

Prolongariamos demasiado este artículo si nos detuviésemos á enumerar la multitud de hazañas que refieren de este guerrero los historiadores de aquella época, ya de unas que tuvieron lugar en sus prime-

ros años, cuando militaba con Paredes, Zamudio y Villalba en el ejército del Pontífice, ya de otras que ejecutó en el sitio de Milan y S. Columbano. De todas ellas se deduce que Urbina tenia un carácter pundonoroso y decidido, que era valiente hasta el punto de ser temerario, y que llegaba á ver impasible los peligros. Carlos V premió debidamente sus servicios con la multitud de títulos que nos refiere Sandoval, permitiéndole además por un rescripto el uso de nuevos blasones que añadió á los ilustres que contaba ya su buena alcurnia, justa y nunca excesiva retribucion de sus heroicos hechos. En 1530 murió en Húpele este hombre que cual otro Alcides no encontraba rival á sus fuerzas y pujanza entre sus compañeros. Sus innumerables desafíos y contiendas manifiestan que tenia un carácter muy susceptible y delicado, y que solia poseerse con frecuencia de aquellos arrebatados movimientos de que dió prueba en sus hechos militares. Nada hemos podido saber de la historia de sus primeros años, y por lo mismo apuntamos aunque en extracto lo que concierne á sus hechos de armas, únicos que se saben, y los que á tan alta fama le encumbraron.

EUGENIO GARCIA DE GREGORIO.

## AMENA LITERATURA.

### MEMORIAS DE UNA FEA.

#### NOVELA EN MINIATURA.

#### PROLOGO.

##### El mal sin médico.

Dejó Casimira la pluma y tiró del cordón de la campanilla.

Entró un criado y le dijo:

—Lleva esta carta á la calle del Pez... Ya sabe...

—Está bien! contestó el criado; hizo una reverencia y salió.

Casimira dió un suspiro, llevó una mano á la frente y se recostó vestida en el lecho.

Apenas hubo salido el criado del cuarto de Casimira, se disponia á cumplir su encargo, cuando tropezó en la puerta con uno que entraba.

—¿A dónde vas, Felipe? preguntó este.

—A entregar esta carta de la señora.

—¿Damela.

El criado obedeció. Guardó el otro la carta en un bolsillo de su gaban, y dijo á Felipe.

—Asegura que has entregado la carta.

Entró en seguida en el escritorio y cerró la puerta.

¿Quién es Casimira? ¿Quién es este hombre? Voy á hacer sus retratos. Cuando pasan los sucesos de esta historia, en 1843, tenia Casimira veinte años; su rostro era feo como era feo su cuerpo; su nombre era tambien desagradable, y no es extraño; el nombre suele estar en razon directa de la belleza, como el canto de los pájaros con su pluma. ¿Qué muger

hermosa se llama Casimira? Era esta una de esas mugeres que desagradan á primera vista por una antipatia indescribible, plantas exóticas en todas partes, sombras sin cuerpo, porque vejetan solas; en cambio, estaba dotada Casimira de una imaginacion ardiente, de una naturaleza privilegiada para sentir, pero la luz de su imaginacion parecia opaca en una muger como ella; sus sentimientos pasaban desapercibidos, porque nadie los comprendia; los sentimientos en un cuerpo repugnante son lo mismo que esencias en vasijas de barro, que nadie busca su olor. Casimira era delgada y unas ojeras muy marcadas revelaban que padecia: acaso algun mal moral sostenia una lucha con otro mal fisico: lucha que acaba siempre por destruir el esqueleto. A pesar de esto, el vulgo creia muy feliz á Casimira: gozaba de una fortuna considerable y vivia en Madrid con su marido (que es el hombre que interceptó la carta de manos del criado). ¿Era aparente su felicidad doméstica? ¿Casimira amaba á su esposo? ¿Amaba este á Casimira?

El marido se llamaba el señor de Trevejo: habia cumplido ocho lustros; su presencia y el conjunto de sus facciones constituian un hombre de una figura regular: para el vulgo era orgulloso y fatuo; para su muger, humilde y amable; la prodigaba toda clase de deferencias, y la trataba con los mismos cumplimientos que el dia de la boda: cada casa es un mundo donde naufragan las apariencias. ¿Qué hubiera dicho cualquiera al notar que la noche anterior se habia retirado Casimira de un baile indispueta, y su esposo no habia entrado todavia á informarse de su salud? ¿Qué diria si sondando el corazon de Casimira supiese que ella no habia echado de menos esta falta de cortesia? ¿Qué diria por fin viendo al señor de Trevejo apoderarse de una carta de su esposa para sorprender algun secreto? El que quisiese comentar esto se perderia en un caos, pero no habia lugar á estas reflexiones, porque estos misterios morian entre las paredes de una casa.

Apenas estuvo encerrado en su escritorio, sacó el señor de Trevejo la carta de su esposa, y exclamó entre dientes, antes de abrirla:

—Quién sabe? La repentina indisposicion de Casimira, y las palabras indiscretas de aquel mozalvete del baile, me dan que pensar; al vernos salir, decia: «Se va, porque él está ahí!» ¿Quién es él? Necesito aclarar este arcano, y quizá esta carta que le escribe á su amiga Margarita me iluminará. Hace tiempo que Casimira sufre, pero sus sufrimientos me importan poco; me importa menos que no me quiera, pero procuraré evitar la menor sombra del ridículo.

Rompí la oblea de la carta y leí:

«La indisposicion que finji anoche, mi querida Margarita, se ha convertido en real: he dormido poco y otra vez se han despertado en mi imaginacion las ideas de felicidad con que habia soñado. Mi marido creyó cierto mi mal... Pobre hombre! No podia comprender lo que pasaba por mi corazon: no penetraba que él estaba allí, y que yo habia de su presencia. Ay Margarita mia! Ese hombre me mata! Me siento muy abatida y volveré á consultar al médico: mi respiracion es cada dia mas dificultosa y hay en mi pecho el germen de algun mal: él me mata, no lo

duces! Estoy concluyendo el manuscrito que te dedico como recuerdo: desear saber mi vida y te consagro en algunas hojas de papel mis padecimientos. Te espero esta tarde.»

El señor de Trevejo arrugó la carta entre los dedos, dió un golpe sobre la mesa, y dijo:

—¿Qué es esto? Pobre hombre yo!... Bien! Ella conoce que tiene el germen de un mal y está la consumida... Pero ¿? ¿Quién es él?... Leere ese manuscrito?... Es preciso hacer escarnio de un hombre que se atreve á amar á Casimira. Fingiré hasta el último momento, porque así me conviene.

Rompí la carta: llamó y entró el criado.

—Felipe, mañana te entregará la señora un legajo de papeles para Margarita; no lo lleves á su destino, porque quiero verlo; sé fiel y harás tu suerte...

—Siempre ha estado dispuesto á servir á V.

El señor de Trevejo sacó una moneda de oro y la dió á su criado, que salió del aposento sonriéndose. Aquel posó al dormitorio de su esposa; entró pidiendola permiso, se acercó al lecho y le cogió una mano; entre sí decia:

—Dios me perdone esta mentira matrimonial! Casimira no se ha engañado; sufre, pues su mano está calenturienta!

Dió el señor de Trevejo algunos paseos por el aposento, pretextó una ocupacion y se despidió de su esposa: esta, al salir él le dirigió una mirada de indiferencia, que acaso se encontró con otra mirada de desprecio. Se habian comprendido?

Al dia siguiente entró el criado en el cuarto de su amo, diciéndole:

—Aquí están los papeles!... La señora ha estado escribiendo casi toda la noche, y ahora llega el doctor á quien avisó que se le llamara; me ha encargado que calle y prenia mi silencio con esta media onza.

—Bien, Felipe! Trae esos papeles y esa carta; cierra los labios cuando te pregunten y abre las manos cuando te den. Si viene Margarita, di que la señora no recibe.

La carta de Casimira estaba concebida en estas pocas palabras:

«A pesar de haberte escrito ayer, no has venido, Margarita, y deseo saber si algun mal te aqueja. Te envío mis memorias, pues sentiria que algun profano tropezase con ellas, sin buscarlas. Me encuentro peor que ayer.»

Se disponia el señor de Trevejo á leer el manuscrito, cuando volvió Felipe.

—Ha venido la amiga de mi señora, pero he cumplido el encargo de V., por lo que no ha puesto buena cara. El doctor desea hablar con V. á solas.

—Dile que entre.

Salió Felipe é introdujo al médico.

—Debe V. saber, dijo este, que su esposa sufre mucho...

—¿Qué dice V.? preguntó Trevejo fingiendo que se alarmaba.

—Es preciso poner el remedio muy pronto, si es que alguno existe en la medicina contra ese mal que empieza á desarrollarse en su pecho.

—Dios mio, qué desgracia! murmuró el señor de Trevejo dejándose caer en un sillón. No se apar-

te V. de su lado, doctor! Sálvela V. si es posible!

El doctor salió, diciendo entre dientes:

—Difícil me parece! Pobre marido! Mas desgraciado es él, porque la sobrevive!

El señor de Trevejo, con una serenidad espantosa, echó el cerrojo a la puerta del cuarto, cogió el manuscrito y leyó.

## PRIMERA PARTE.

### I.

#### Sueños de trece años.

Empiezo hoy á escribirte mis memorias, según lo has deseado, Margarita: solo para tí tendrán interés, porque estás penetrada de algunos secretos de mi vida: conoces los efectos, voy á decirte las causas: seré sincera, porque al hablarte, creo hablar conmigo sola, y aunque sé cuanto he de sufrir, al presentarte en panorama los cuadros de mi agitada historia, los misterios de mi corazón, mis presentimientos, esperanzas y desencantos, á pesar de todo esto, creo que mis sufrimientos, atormentándome con su recuerdo, me consolarán; ay! no es verdad que algunas veces, al tocar una parte dolorida, la fuerza de este dolor nos hace creer que se calma!... Lee y juzga, Margarita mía!

No ignoras que mi nacimiento podría honrarme. Mi porvenir, según decía mi madre, era brillante; poseedora de cuantiosos bienes, me eduqué entre el lujo y la opulencia; á los trece años se advertía en mí cierto orgullo, porque empezaba á conocer mi posición social. Entonces oía hablar de gran mundo, de amor, de intrigas, como el que no ha visto el teatro y le cuentan maravillas de los telones y bambalinas; á pesar de esto, yo adivinaba una vida nueva que me llamaba; existía en mi cabeza un pensamiento que me causaba insomnios, y si dormía, soñaba con un paraíso; yo me hallaba en el diáfano y una fuerza me contenía para que no entrase; dentro distinguía una diosa cercada de ilusiones, de deleites, y escuchando suspiros y palabras embelesadoras: el ambiente que allí se respiraba me adormecía!... Ay que sueño, Margarita!... Por la mañana entraba mi madre á despertarme, diciéndome: «Niña, levántate! Entonces sentía un disgusto muy grande, pues me sacaban de un sueño tan dulce para llamarme *niña*? ¿Por qué me incomodaría que me llamasen *niña*? Ahora penetro la causa: á los trece años es un anatema esta palabra.

Despierta recapacitaba, y conseguía dar una explicación á aquella especie de pesadilla: había leído algunas novelas y estas me indicaban algo; en aquel sueño había un paraíso, que era el mundo: no entraba en él, porque la edad me contenía: la diosa era una mujer rodeada de rendidos galanes: el aroma que respiraba era... amor! ¿Tan bueno será el amor? me preguntaba yo; y mil ideas luchaban en mi mente, sin que pudiese definirle: no le comprendía, como no comprende el ciego lo que es el sol, porque no le vé, pero hubiera jurado que existía el amor, por un efecto, cómo sabe también el ciego que hay sol, porque le quemal... Qué edad tan feliz! Sueños que son realidades se gozan, sin sufrir

realidades que son sueños! No hay mas tormento que el deseo de acumular días y días para buscar una aurora que se cree de bonanza, sin saber lo que vale el tiempo!

### II.

#### La entrada en el mundo.

Cumplí los quince años y esperé una ocasión favorable para convencer á mi madre que debía presentarme en el mundo: hé aquí como pude conseguir lo que deseaba.

Una mañana fué una amiga de mi madre á convidarla para un baile: yo me quedé detrás de la puerta para oír la conversacion. Mi madre, que no quería asistir, se disculpaba, pretestando que yo estaba indispueta, y por un impulso natural me lancé á la sala: mi madre me hubiera quemado con los ojos! Yo dije entonces que me encontraba buena, y aquella señora insistió en que fuéramos al baile; el corazón me latió con violencia! Yo en un baile! Ha á ver realizados mis sueños!

Cuando estuvimos solas, me reprendió mi madre por haberme presentado tan intempestivamente. No traté de sincerarme, porque me halagaba la idea de que iría al baile; conociendo que me tocaba hablar, me atreví á decir:

—Me llevarás mañana?

—Te has vuelto loca, Casimira? me contestó. Todavía no es tiempo!

—Ya tengo quince años!

—Ven acá, añadió en tono mas afectuoso; si te llevo, sé que no te divertirás.

—Tú sabes que me gusta mucho bailar!...

Me acerqué á mi madre y la agasajé tanto que al fin accedió.

No puedo pintarte, Margarita, mi alegría! Esta se manifestaba en mis movimientos, en mis palabras: no quería comer ni dormir, porque todo me parecía despreciable al considerar que iba á un baile!... Hay años en la vida que parecen una hora, como también hay horas en la vida que parecen un año!... Con cuanta ansia aguardé el instante de vestirme! Mi madre me regaló unas galas que debía estrenar: á media tarde entré en el tocador: cuando me presenté á ella se sorprendió, porque todavía no pensaba en arreglarse. Entreteve el tiempo en mirarme al espejo: me encontraba bien; el espejo es el peor enemigo de la mujer: siempre la engaña.

A las once de la noche paró nuestro coche delante de la casa del baile: allí nos apeamos.

Al pisar la casa, radiaba en mi rostro una satisfacción mas grande que la del matemático que encontrase la cuadratura del círculo, ó el alquimista la piedra filosofal... Qué valía esto comparado con el goce de una niña que convertida en mujer hacia su entrada en el mundo?... Al fin veía realizados mis sueños de trece años! mis deseos de quince!...

### III.

#### Realidad de quince años.

El día despues del baile me levanté muy tarde: había pasado mala noche: lo estrañas?... yo tam-

bien lo estrané entonces!... Había entrado en el mundo... Me creía feliz! Cuando pisé el salón, no sé lo que sentía: el bullicio, las luces, la orquesta me fascinaron. «Ay qué hermoso es un baile!» exclamé. Cuántos jóvenes hermosos!... te confieso que así las juzgué, porque no conocía la envidia. Cuántos hombres!... todos me parecieron iguales!

Las miradas se fijaron en mí, y noté que algunos hablaban en voz baja; me creí admirada y sentí un contento inexplicable, pero mi madre horrorizó esta impresión diciendo que me desconocían y se injeraban de mi nombre. Tocaron un vals y las parejas se lanzaron a bailar: un joven se dirigió a la que estaba a mi izquierda, pero ella le contestó que tenía comprometido todo lo que se bailara; el joven en cuestión pasó por delante de mí y fue más dichoso con la que se bailaba a mi derecha; empezó el vals y me quedé sentada. Después se bailaron dos rigodones y otro vals; el despecho me ahogaba, Margarita! todas bailaban, y ni un hombre se había acercado a mí; no comprendía la causa. Tú que eres mujer, penetrarás lo que sufrí! Aquellas mujeres felices, pues tales las creí, me parecieron despreciables!... Vano amor propio... pero cuán disculpable!

Anunciaron otro rigodon y conocí que me sofocaba mi amor propio irritado. Propuse a mi madre que nos retiráramos, y comprendiendo esta lo que por mí pasaba, accedió a mi petición, cuando un joven me sacó a bailar.

No necesito asegurarte que me arrepentí de mi resolución de abandonar el baile y coji el brazo de mi pareja, temiendo que se escapara.

Hablamos de cosas bien indiferentes: de la reunión escogida que teníamos delante y de la temperatura: por último, me dijo que le satisfaría en extremo ver aumentada la tertulia de su tía con mi presencia... Me puse colorada y bajé los ojos: era la primera vez que me hablaba un hombre tan cerca, y sin que nadie nos escuchara! Qué necia! Me figuré que aquella cortesía encerraba una verdad y un secreto!...

Este joven era Federico: tú le conoces, Margarita, es el bello ideal del hombre! Alto, esbelto, rubio, de una fisonomía dulce y una mirada que cautiva... ¿Por qué late mi corazón al describirlo?

Concluyó el baile sin que volviese a favorecerme ningún hombre, pero lo creerás? ya no podía atención a los concurrentes; maquinalmente, por un impulso natural, mi vista no abandonaba a Federico... No sé qué deleite encontraba en mirarle, pero este hombre tenía imán para mis ojos.

Ya te he contado que pasé la noche muy agitada; entre sueños, mas de una vez se me apareció un ángel que descendía hasta mí; extendía la mano para sujetarlo, pero el ángel tenía alas y volaba: este desengaño me hacía despertar; suspiraba, viéndome sola, y volvía a dormirme... Omíto decirte que el ángel se parecía a Federico!

¿Por qué pensaba en este hombre?... Sería por agradecimiento?..

## SEGUNDA PARTE.

### I.

#### Primeros desengaños.

Pasaron algunas semanas.

Estas semanas las reducía yo, Margarita, a un solo día: el sábado! Este era el marcado para las reuniones de Carolina; allí veía a Federico, y esto te prueba que mi corazón se había sujetado ya a las exigencias del cariño... Dulces exigencias! Federico no me había comprendido!... es verdad que yo tampoco podía manifestarle mi cariño. Terrible opresión! Qué idea tan cruel! Qué ley tan injusta la que obliga a la mujer a callar! Acaso no es tan dueña de su corazón para buscar a quien entregarlo?... ¡Cómo entiendo el mundo la virtud, si por evitar la desmoralización, le da alas al hombre para que vuele en el campo del amor, y sujeta a la mujer con una mano de hierro?... No podía explicarme qué afecto le profesaba a Federico; si lo miraba yo, me estasiaba! si él me miraba, me estremecía! Cuando no estaba a mi lado, todos los hombres eran iguales: cuando estaba cerca de mí, juzgaba a todos los hombres demás, porque no los veía; despierta, soñaba con él, y soñando, su imagen me despertaba; Federico no se parecía a ningún hombre, y sin embargo, cuantos hombres encontraba, se me parecían a primera vista a Federico; olvidaba palabras que pudieran halagarme, y una palabra suya, indiferente, se incrustaba en mi memoria; tenía alhajas de gran valor, regalos de mi madre, que apreciaba en poco, y guardaba como una reliquia una rosa marchita que se le había caído a Federico del ojal de su frac, sin advertirlo; en fin, los hombres en general para mí constituían un mundo cualquiera: Federico solo, era un dios!... Dime, Margarita, era amor lo que sentía? No: era mas que amor: era idolatría!

Considera cuánto lucharía mi imaginación al devorar en secreto este cariño: este cariño que era tan mal correspondido! Yo soñaba con la idea de que Federico pagaría alguna vez mi acendrado amor... A pesar de esta esperanza, dudaba algunas veces: te he prometido ser franca, dudaba, porque yo creía que el lenguaje mudo de un corazón era inteligible, aunque se hablase con una roca; además, yo desplegaba delante de él todos los atractivos lunatos de la mujer, que le son permitidos, pero en valde! Federico era de piedra!

La última noche que asistí a la reunión de Carolina, te conocí; simpatizamos, Margarita, y desde entonces data nuestra sincera amistad. Estando tú sentada a mi derecha, quizá no habrás olvidado que ocupó el asiento vacante, a mi izquierda, un hombre que había pasado de la primavera de la vida; estuvo conmigo sumamente amable y yo sumamente despegada con él; su lenguaje me admiró, porque me era extraño.

Federico me sacó a bailar un vals, y el desconocido, variando de puesto, entabló conversación con mi madre. Federico me dijo que este hombre se apellidaba Trevejo.

Quando abandonamos el baile, nuestro improvisado amigo se brindó a acompañarnos: habíamos ido

á pie aquella noche, y al llegar á casa, mi madre se la ofreció con la cortesía de costumbre.

El día despues, día que está escrito con hiel en la historia insignificante de mi vida, sali de paseo con mi madre; entramos en el Prado, y cuando habíamos dado algunas vueltas, vi pasar á Federico, montando un brioso caballo. Unos jóvenes que iban delante de nosotros, le saludaron, y uno de ellos dijo en seguida:

—Ahí va Federico! Anoche estaba de mal humor!

—Ya lo creo; respondió otro; no había tenido carta de Valencia, y le disgustaba no saber de su novia.

Me estremeci involuntariamente, y presté el oído.

—Carolina le fastidia, añadió el primero; es su sobrino y lo obliga á bailar, mal que le pese, con las concurrentes; él como es tan fino se presta, pero yo me resistiría, sobre todo con Casimira...

—Es muy fea, interrumpió otro, pero tiene un pretendiente.

—Sí, Trevejo, pero este va en busca de su dinero...

Mi madre, pálida como yo, conoció que se me doblaban las rodillas, y casi arrastrándome, me sacó del paseo.

## II.

### Dos flores trituradas.

Renuncio, mi querida Margarita, á describirte los crueles instantes que pasé desde aquellas terribles palabras, sorprendidas al acaso... Qué terribles desengaños! Sabía que Federico amaba, que Federico bailaba conmigo por compromiso! que un hombre se había enamorado de mi oro, y que yo era fea!... Nunca me había ocurrido pensar en que Federico amase á otra mujer! No alcanzaba hasta donde se extendían los deberes de la política! Ignoraba que los hombres se vendiesen por dinero y nunca me había creído fea!... Ya me lo explicaba todo! Mi figura era la causa de mi desgracia!... Me miré al espejo y por la primera vez me encontré horrible!... ¿Por qué no podrá una mujer fundirse de nuevo para formarse al gusto del hombre que ama?... En aquel instante maldije al mundo, maldije á mis padres, reneugué de todo!... Estaba fuera de mí!

En mis cavilaciones, tropezó mi vista con aquella flor que conservaba; me apoderé de ella con ansia! Qué envidia tuve á aquella flor! Ella, aunque marchita ya, había sido hermosa! había sido codiciada! quizás la habría llevado á sus labios el hombre que yo amaba y la había tenido junto á su corazón! Un momento despues, pasó por mi mente, como un relámpago, una idea terrible; quién le habría dado esta flor á Federico? Oh! alguna rival!... Arrojé la flor y la pisé con ira; sali del cuarto y corri en busca de mi madre; necesitaba un consuelo de la única persona que podía dármele.

Mi madre me miró con avidez, y se estremeció, porque en la sala había otra persona; era el señor de Trevejo. Me inspiró horror, y algunos instantes despues, me retiré de la sala. Qué buscaba en mi casa? Sería verdad que deslumbrado por lo que yo poseía, buscaba un medio de hacer fortuna sacrificándose?... El horror cedió á la compasión y la compasión al desprecio.

Cuando volví á mi cuarto, vi en el suelo los restos de aquella flor que había hollado en mi cólera: lloré amargamente y los recojí: era lo único que me quedaba de aquel hombre... de aquel hombre que todavía amaba! Aquella flor la guardé en mi pecho: qué sepulcro mejor podía darle á una flor deshojada que un pecho, muerto para las ilusiones de la vida?...

## III.

### Sacrificios del corazón.

Dicen que todo pasa en este mundo! por qué ha de ser eterno mi amor? Creí que el orgullo hubiera vencido, pero me engañé: los días que pasaban no me hacían olvidar á Federico: siempre lo distinguía en todas partes: su imagen era mi sombra! Tú me has visto padecer, Margarita, tú que no me has abandonado en mis desgracias!

Algunos meses despues, murió mi madre; cuánto he llorado su pérdida! Aun no había transcurrido un año de este golpe, un ataque cerebral me puso á las puertas de la muerte... La causa no la ignoras! Federico se había casado en Valencia y se hallaba otra vez en la corte, gozando de una vida envidiable: esta noticia me originó la enfermedad!... Nada me quedaba ya en el mundo mas que tu amistad!

El señor de Trevejo me había acompañado asiduamente: no podía quererle, pero me iba acostumbrando á verte, y esto era bastante para él, que víctima de una idea, se sacrificaba, en busca de su fortuna.

Cuando cumplió el luto, se esplicó conmigo, y accedí á que gozase mis riquezas, dándole mi mano! Qué matrimonio! nada se interesaba el alma! no había deseos ni esperanzas!... Se efectuó el enlace de un corazón metalizado con un corazón abatido!... Qué amalgama! Qué sacrificios para los dos!

En el tiempo que llevamos, desde la boda, me ha parecido la vida monótona: tú comprenderás que habré hecho comparaciones, acerca de la suerte que me había forjado, y de la que gozo. El mundo nos juzga felices, lo sé: mi marido es un hábil diplomático se reviste de una máscara matrimonial que lo vende para conmigo, y que encubre su falsedad para los que como yo no le conocen; espera mi muerte con demasiada resignación, porque heredará mi fortuna: ha estudiado el fondo de mi alma, y cree haberla sondeado: infeliz!... Mi fortuna le hará al menos recordarme sin odio.

El médico me ha examinado, y me da esperanzas, pero sé que miente, porque es su deber; yo quiero morir! sin él la vida me es odiosa! Lo veo algunas veces que la casualidad me lo depara! Lo busco en todas partes, pero me siento desfallecer y huyo su presencia.

Mi amor es una llama que no puede apagarse! Sufro demasiado y quizás se acerca mi muerte! La aguardo con indiferencia!...

Quisiera verle antes de morir... para morir pronunciando su nombre!... Por qué no he de olvidarlo?... Imposible!

## EPILOGO.

### Una víctima matrimonial.

Pobre Casimira! Cada hora que pasa, disminuye

su respiración: está postrada y conoce que se acortan los momentos de su vida: deseaba la muerte, pero este deseo se mezclaba con un sentimiento que no podría menos de atormentarla; morir tan joven!

Trejejo no se apartaba un instante del lecho de la enferma; sabía que se acercaba el lance crítico, y no le convenia perder su porvenir, por el que se

había sacrificado; veía á Margarita con repugnancia, pero Casimira la había mandado llamar, y no había podido negarse á una exigencia tan justa. Trejejo nada temía: su esposa no sospecharía que hubiese leído su manuscrito, porque lo había vuelto á cerrar remitiéndolo á Margarita; en esto se engañaba: Felipe lo había vendido! Casimira se había irritado so-



bremanera con su marido por tan infame proceder y juró vengarse.

La lectura del manuscrito no le había causado impresión á Trejejo: no dudaba que era mirado con repugnancia por Casimira y solo le había sorprendido aquel amor tan violento y la penetración de Casimira para haberle conocido tan bien.

Una mañana dijo el médico que la enferma se moría.

Casimira hizo su testamento y se dispuso. Margarita acompañaba á su amiga; ésta, en sus últimos momentos, le preguntó:

—Y él?

—Infeliz! murmuró Margarita.

Y soltó la mano de Casimira, porque la sintió helada.

Cuando entró el señor de Trejejo en el aposento vió muerta á su esposa. Margarita, de rodillas, exclamaba entre sollozos: «Pobre víctima!»

Finjó el señor de Trejejo un sentimiento que enterneció á todos. Casimira lo había dicho; era un hábil diplomático!

Al abrirse el testamento, radiaba de gozo el rostro

del señor de Trejejo, pero es imposible describir su estupefacción, despues que oyó su lectura.

Casimira dejaba por heredero de sus inmensos bienes, á un primo que tenía en Sevilla.

Se había vengado!... Trejejo era una víctima matrimonial!

TEOBORO GUERRERO.

## ANUNCIO.

Ha visto la luz pública en el establecimiento tipográfico literario del Sr. Gonzalez un interesante fol eto que bajo el título de *Guía del viajero en la catedral de Santiago*, hace mérito de los hechos de armas mas famosos, de los escritores, antigüedades, monumentos de Galicia y de las bellezas arquitectónicas, capillas, reliquias, donativos, peregrinaciones y arzobispos de la catedral de Santiago. Recomendamos muy eficazmente á nuestros lectores la adquisición de esta obra, lujosamente impresa, con cuatro láminas tiradas á parte en magnífico papel vitela.

Madrid 1847. — Imprenta y establecimiento de Gonzalez de D. Baltasar Gonzalez, calle de Huertas, n.º 83.